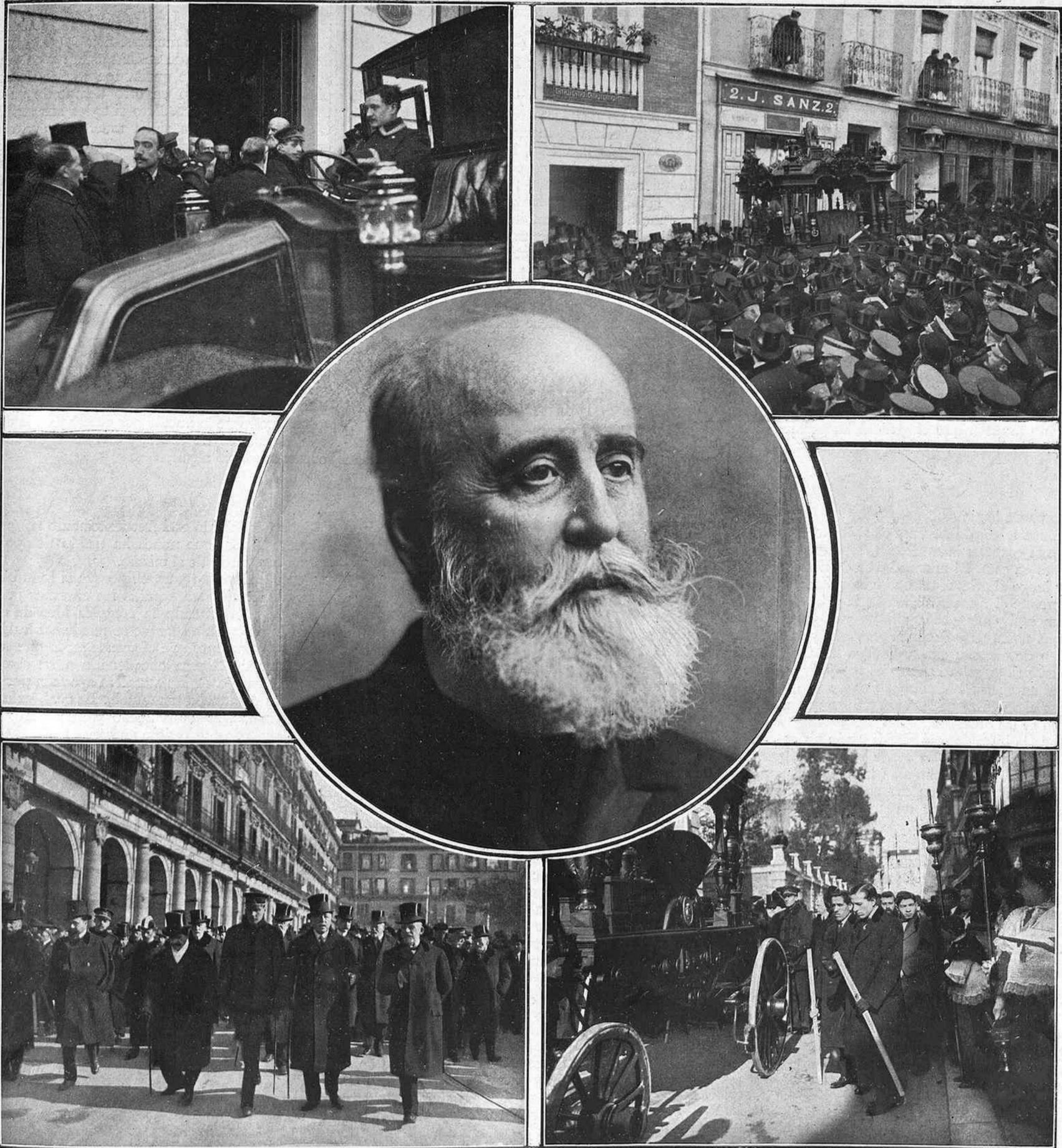


La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 10 DE FEBRERO DE 1913

NÚM. 1.624



EXCMO. SR. D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST, fallecido en Madrid el día 28 de enero último. (De fotografías de Kaulak.)

Entierro del Sr. Moret. - S. M. el Rey saliendo de la casa mortuoria. - La carroza fúnebre a la salida de la casa mortuoria

La presidencia del duelo. - Responso ante la Academia de Jurisprudencia. (De fotografías de Asenjo.)

SUMARIO

Texto. — *La mujer de hoy*, por Salvador Farina. — *Roma. La Academia de Bellas Artes alemana*, por C. Abeniacar. — *La cuestión de Oriente*. — *París. El proceso de los bandidos en automóvil*. — *El archiduque Reniero*. — *El Carnaval de Niza*. — *Marroques notables en Madrid*. — *El aviador Bielovucic*. — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). — *El Carnaval en Madrid*. — *Barcelona. Un acto importante de la juventud conservadora*. — *Un nuevo Estado en Asia*.

Grabados. — *Exmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast. Su entierro* (cuatro fotografías). — *El espejo; El soneto*, cuadros de H. Knight. — *Aldeano*, escultura de E. Lanteri. — *El último verano*, grabado de F. Myrbach. — *Roma. La Academia de Bellas Artes alemana* (lámina). — *La cuestión de Oriente* (cuatro fotografías). — *París. La muchedumbre ante el Palacio de Justicia*. — *Ensayo de baile; Bailarinas en la barra*, cuadros de H. Degás. — *Declaración de amor*, cuadro de C. Wunnenberg. — *El archiduque Reniero de Austria*. — *Brahmin Ben Adela y su hijo*. — *Bielovucic*. — *Niza. Batalla de flores*. — *El Carnaval en Madrid* (cinco fotografías). — *Barcelona. Banquete celebrado por la Juventud Conservadora*. — *Una misión mágica en San Petersburgo*.

LA MUJER DE HOY (I)

NIÑA, ESPOSA, MADRE

Toda la niñez de la mujercita la ocupa el hermanito, el cual muchachote se hace prepotente, crece a ojos vistas, llega a ser muy pronto más grande que su hermana, rompe la muñeca para ver cómo está hecha por dentro, suelta tremendos puntapiés a la criada y aprende en seguida todas las travesuras posibles e imposibles sin haber ido todavía a la escuela.

Si dejasen hacer a la mujercita, ella sí que sabría corregir al hermanito que, en el fondo, es muy bueno; pero el papá dice siempre que los niños son niños y que los varones, sin que se sepa a punto fijo por qué, tienen el derecho de estropearlo todo...

Y la mamá, ¿qué dice? La mamá quiere ser severa y a veces hasta castiga al niño; pero esto dura poco, pues pronto hacen las paces y todo vuelve a su primer estado, es decir, que el tiranuelo, que se haría comer a besos, lo rompe todo, llena la casa con sus alborotos y sigue soltando puntapiés en la cocina.

Y cuando algún amigo tiene la desdichada idea de comprarle una trompeta, un caballo o un sable con su vaina, la mujercita, para dar gusto al general, su hermano, hace de *ejército*, ofreciendo sus excusas a la nueva muñeca que el general ha prometido no romper.

* * *

Pero pasan los años...

Termina la edad feliz para el señorito, que es enviado a la escuela; la mujercita, en cambio, da sus lecciones en casa. El muchacho se dedica primero al latín y luego al griego, tal como lo quiere su suerte; ella aprende el francés, el inglés, la botánica, la física elemental y además la pintura y el piano. Él no sabe casi nada, pero declina *rosa rosae* y se cree un portento de ciencia; ella le explica inútilmente por qué una pelota salta cuando es arrojada al suelo y por qué un cuerpo abandonado cae, a lo que él objeta que estas cosas nada valen puesto que en el colegio no se las enseñan.

Y toda la infancia será así. El varón no entenderá gran cosa de cuanto en torno suyo vive, pero se creará superior en mucho a su hermana mayor porque sabe conjugar malamente un verbo y leer un libro griego sin entender un período entero, ni aun con ayuda del vocabulario.

Hasta que un día él señorito advierte que la gente mira con complacencia a su hermana, que algún compañero de escuela le demuestra una benevolencia casi respetuosa y que finalmente uno le confía, en gran secreto, que está enamorado de ella.

¿De la mujercita? Sí, de la mujercita. Entonces, ¿la mujercita es guapa? ¿Y tan guapa como es!

Pero hay un inconveniente: el compañero de colegio tiene dos años menos que la hermana y es difícil que ésta consienta en dejarse amar. Además, el papá y la mamá no querrán que se les hable siquiera de casarlos.

¿Qué importa? El estudiante enamorado tirará los libros por la ventana y robará a la dama de sus pensamientos, por poco que su amigo le ayude. Este, sin embargo, tiene todavía un poco de criterio práctico, que ha aprendido no se sabe dónde, aunque no seguramente en la escuela, y renuncia a la empresa retórica.

Mas desde aquel día, el hermano de la mujercita la respeta; va a veces con ella a paseo y quiere darle el brazo para que la gente lo mire.

(I) Escrito expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

¡Ah! Nosotros, los del sexo fuerte, hemos tenido todas las debilidades. Hemos sido un poco crueles y un poco arrogantes y ahora nos volvemos vanos como pavos reales.

La mujercita pasa humildemente por la calle oyéndose alabar; sigue su camino y un día encuentra al que ha de detenerla por toda la vida.

* * *

Pero también ella, antes de adorar a su esposo, ha amado el amor, y lo ha gustado no ya con los mozalbetes compañeros de colegio de su hermano, sino más modestamente, en casa con una amiga del alma. Llamábase Ada y era bastante guapa; a ella le pareció maravillosa y la quiso tanto, que si no la veía poníase enferma. La miraba en los ojos como si quisiera comerse; pero afortunadamente casi ya no sabía comer. Se habían confesado su amor inmenso; se habían jurado ser siempre la una de la otra, por toda la vida y aun más allá. Ada odiaba a los hombres, lo mismo que la mujercita, que no podía sufrirlos: el papá, pase; pero los otros, ¡horror! Las dos permanecerían solteras, mirándose la una en la otra, estrechándose la mano, preguntándose: «¿Me quieres? — Sí, ¿y tú? — ¡Oh, yo te quiero tanto, tanto!» ¡Qué alegría! Así, juntas, saldrían al encuentro del porvenir.

No tenían más que diez y ocho años, y contando con morir a los cuarenta (porque a los diez y ocho años se quiere siempre morir a los cuarenta, no más tarde), contando con esto, les quedaban veintidós años para mirarse la una en la otra y preguntarse: «¿Me quieres? — Sí, ¿y tú? — ¡Oh, yo te quiero tanto, tanto!» Habían previsto hasta la enfermedad de que ambas morirían, y si hubiesen estado seguras de morir el mismo día, de cerrar para siempre los ojos en el mismo lecho, de dormir el sueño eterno abrazadas en el mismo ataúd, ¡oh, cuán leve les habría parecido la pesada tierra del olvido!

Pero ya se sabe que no todo es posible. El papá, por ejemplo, si lo hubiese sabido no habría estado nada satisfecho.

Afortunadamente una mañana, abriendo la ventana para que entrase el sol de marzo, penetró en la estancia un aire fresco que antes había pasado por los prados verdes y que traía el aroma de la hierba tierna y de la tierra besada por el sol.

Trajo además un hálito de buen sentido y el primer soplo de otro amor, muy diferente de aquella ficción que había durado hasta entonces.

* * *

Una tarde, en el tranvía, nuestra mujercita se sintió envuelta en una atenta mirada y procuró en seguida substraerse a ella a fin de no faltar a su amiga; pero aquellos ojos audaces eran tan hermosos, insistieron tanto pidiendo ser mirados y fueron tan pertinaces en solicitar la caridad, que la mujercita al fin la hizo.

Fijó un solo momento sus ojos serenos en aquel rostro varonil y melancólico y quiso no mirarlos más; pero el otro volvió a suplicar y la mujercita volvió a hacer limosna.

Estos varones, cuando quieren, tienen languideces de mujer, actos de fe silenciosos, adoraciones mudas de creyente. Aquel adorador habló así, con sus hermosos ojos, a la mujercita: «Eres pálida como la luna que ahora te contempla y eres mucho más bella, mucho más; por esto quiero amarte. Mírame tú también; yo soy feo, pero te quiero; soy hasta un poco viejo, pero te amo.»

Así dijo, y lo dijo con tanta discreción, repitiéndolo luego en casa, delante de los padres, que todo quedó oscurecido por aquel amor fulgurante.

Los novios se amaron a solas. Ahora son marido y mujer, han echado al mundo una porción de hijos y no quieren que me ocupe en lo que hacen.

* * *

Yo, sin embargo, debo decir todo el bien que la esposa amante ha hecho a su compañero.

Era éste, hasta el momento del encuentro en el tranvía, un joven como tantos otros (quisiera decir como todos, pero respeto siempre a aquel hombre especial que es de una pasta extraordinaria), seguía a las muchachas alegres y las paraba a la esquina de las calles; en el teatro, gritaba con una gran voz «¡bravo!» a la tiple o a la primera bailarina; jugaba al billar hasta las tantas de la noche con sus amigos y alguna que otra vez volvía a casa achispado. Solía decir de las mujeres a quienes acaso había quitado el hambre: «Aquella bestia, aquella...» porque no sabía lo que se decía. Pero la mujercita lo ha trans-

formado en un santiamén. Sin decir palabra, encadenándolo a sí con la piadosa sonrisa y la mirada serena, le ha enseñado a respetar la desventura de tantas muchachas, ayer todavía honradas y hoy perdidas; a poner en el altar a la belleza, aunque esté hambrienta u ofuscada, con tal que sea buena; y le ha abierto los ojos enseñándole a mirar la vida tal como es, dándole las primeras lecciones de virilidad.

Y él ha aprendido casi todo esto.

En lo sucesivo todavía gruñirá, será cruel algunas veces y a menudo injusto, porque así está hecho el eterno masculino, pero sabrá que existen en el mundo la justicia y la piedad.

* * *

Y aquella cabecita de diez y ocho años que de un muchachote imbécil, ávido sólo de gozar, ha hecho un hombre preparado al dolor, si con él se casa, se entrega enteramente a él, le entrega la propia alma y desecha los viejos sueños de muchacha que la han hecho llorar para disponerse a ser madre. Nada pide al pasado de su marido, que sabe no puede ser muy bueno porque la sociedad está constituida de un modo extraño que todo lo permite a los hombres y todo lo prohíbe a las mujeres. Sólo le pide un poco de amor porque ha de sufrir mucho; y entonces si al marido contento le queda una noCIÓN de aquella piedad que aprendió en otro tiempo de su novia, también él se sacrifica. Pero si todos sus sentimientos están embotados, si ha muerto la curiosidad y empieza la indiferencia, si el disgusto se anuncia de lejos, si... ¡ah, pobre niña madre! Entonces, y el caso no es poco frecuente, el esposo se vuelve algo peor de lo que era antes. Y añadamos que si el caso no es más frecuente, es sólo porque la niña madre ha visto de cerca, ha visto bien a su compañero y se ingenia con todas las santas astucias de su propia bondad.

¡Cuántos más maridos huirían de su casa si la enferma quisiera atender demasiado a sus repugnancias hasta el punto de provocarlas en los demás!

La sabia mujercita, por el contrario, sabe sufrir y oculta la pena atroz. De la horrenda languidez hace una seducción y dice al marido impaciente que vaya al café: «Anda, sal a distraerte un poco;» y al decir esto pone en sus palabras y en sus miradas tanto de aquel amor que la invade por entero y cada día más, que el marido no sale..., y a veces sin que ello le cueste sacrificio alguno.

* * *

El señor marido está frecuentemente tan ocupado durante el día, que nunca ha tenido tiempo de hacer el inventario de sí mismo.

Y es una suerte para él, porque si lo hubiese hecho, habría visto en seguida los enormes perjuicios que le ha ocasionado la estúpida idea de casarse. Habría reconocido (porque se puede ser leal hablando consigo mismo) que el grande amor que se había adueñado de él para encadenarlo a su compañera era una trampa de la naturaleza ayudada por las carantoñas de aquella tunantuela. La cual, para pescar a su marido, se había hecho prestar ciertos ricitos que pronto se convertirán en canas o desaparecerán para dejar su puesto a la calvicie. No habría dicho nunca que se había entibiado su amor por su compañera... porque ciertas cosas no las dice uno ni a sí mismo; pero seguramente habría descubierto en ella muchos defectos que antes permanecieron bien ocultos.

¿Qué defectos?.. Físicos y morales. Mujeres perfectas no las hay, así se dice; pero el eterno masculino no lo cree y va siempre en busca de una que lo sea. Y si le fuese concedido, esposo de un año o poco más, lo que a tantos ha sido lícito, ¿quién sabe si al fin el eterno masculino tendría lo que le conviene?

Por fortuna, este inventario no se ha hecho: el desgraciado marido no ha tenido tiempo, porque de día trabaja, por la noche juega en el casino y al volver a su casa duerme como un lirón.

* * *

Pero ya no dormirá tanto. Ha nacido *bebé* que llena la casa con un nuevo amor y por la noche da tormento con sus chillidos porque quiere la luna o quiere mirar la magnífica llama de la vela que arde de noche y, ¡ay si se apaga!

El papá novato, cuando el niño está tranquilo, cree de buena fe que nadie le quiere más que él; pero apenas *bebé* suelta inauditos alaridos o lloriquea no dejándole pegar los ojos en toda la noche, entonces muda de opinión y sin querer se echa a sí mismo este discurso u otro parecido:

«El caso es que yo podía ser todavía libre, porque tengo apenas treinta años y conozco hombres más listos que yo que a los cincuenta se divierten. Tenía una renta modesta que podía bastar para todos mis caprichos, y ahora he de trabajar como un perro cazador para pagar el alquiler de un piso de siete habitaciones... para una mujer sola, cuando antes tenía suficiente con un cuarto y un cuartito. Quisiera que alguien me dijese qué he ganado casándome. En cambio, lo que he perdido me lo sé de memoria: he perdido la libertad, la hermosa irreflexión, las amigas. ¿Y ella, ha ganado?»

Medita un poco y sigue diciéndose:

«Sí, mi mujer quizás ha ganado; a lo menos puede creerlo así, porque cuando una muchacha encuentra un marido bueno como yo, con ello tiene de sobra. (Es tal vez una injusticia, pero el mundo no lo he hecho yo; lo he encontrado así y no se trata de modificarlo.) Sí, mi mujer quizás esté contenta: tiene su pequeño y yo se lo he dado, por lo que debe estar agradecida. ¿Y qué hace ahora *bebé*?»

Bebé calla porque mama.

«Durmamos.»

Pero otro chillido despierta de nuevo al desgraciado progenitor.

«Mi hijo me quiere.

Sería una delicia ser padre de semejante niño con tal que no llorase de noche cuando es hora de descansar... para quien ha tenido hoy y tendrá mañana que trabajar para el pan nuestro de cada día.»

Al fin el marido se duerme porque el pequeño duerme también.

Mamita, sin embargo, está despierta todavía; se siente extenuada porque su hijo se la come viva; quizás necesitaría tomar algún alimento, pero si se levanta, enciende la vela y va a la cocina, despierta al esposo que refunfuña y a su hijo siempre hambriento, porque no he dicho todavía que *bebé* es un varón ¡un hermoso varón!

Convengamos, pues, sinceramente, en que, aun amando a nuestros hijos queridos, existe un sentimiento más elevado, más fuerte, más ingenuo que el nuestro: el de nuestra compañera de cadena.

* *

Sin embargo, hay una época en la vida en la que si no somos más generosos, más amantes, lo somos siquiera tanto como las mujeres que recorren con nosotros el mismo camino, y esta época es la vejez.

Y alegrémonos de ello, porque esta igualdad de

nivel no proviene de una decadencia del otro sexo, sino de haber nosotros conquistado muchas virtudes de que antes carecíamos.

timiento adquiere mayor vida; entonces finalmente sabemos amar, amamos a nuestros hijos, a nuestros nietos, a los niños que pasando por la calle no tienen miedo de nosotros

y sonríen a nuestras canas, a las mujeres enamoradas de otros que aceptan reconocidas nuestro afecto incapaz de mal; nos acercamos a antiguos amigos a quienes hemos tenido toda la vida olvidados; amamos todo cuanto antes nos era indiferente, y hasta aceptamos defectos para los cuales éramos inexorables.

El nuevo amor nos ha dado la virtud soberana: la indulgencia. Y somos iguales los dos, porque casi no tenemos sexo: viejecito y viejecita calentados por el mismo deseo de hacer bien.

Pero aun en esta edad existe una diferencia: el solterón, salvo la citada mosca blanca, no se parece en nada a la solterona.

El hombre ha querido permanecer soltero acaso por miedo a la pobreza, quizás a causa de un primer amor desgraciado, pero más frecuentemente por egoísmo.

La mujer ha llegado a solterona esperando un esposo que no vino nunca: era guapa, pero no tenía dote; era fea y rica pero no quiso que con ella se casaran por el dinero; era guapa y rica, pero sabía que había un esposo ideal y le esperó

Las solteronas han acumulado un tesoro de afectos. Conozco una, a la que me complazco en enviarle desde aquí un saludo afectuoso; se llama Florentina, es alemana y tiene setenta y cuatro años de edad. Las cartas que escribe a sus amigas y amigos, a los viejos, a los jóvenes, hasta a los niños, son ramilletes de flores frescas y olorosas que ella esparce en torno suyo.

Ha sido fea, a lo menos ella así lo dice: pero, si es verdad, la vejez la ha transformado; su sonrisa bondadosa revela su alma; su mirada penetrante interroga con amor y su palabra tiembla de ternura o de entusiasmo.

No es santurrón, como nos imaginamos a las solteras en Italia; al contrario es cultísima, busca todavía a Dios en el cielo y lo encuentra en la tierra... amando.

Estoy seguro de que de estas adorables criaturas, sin buscarlas en Berlín, existe una docena en cada país; ellas pueden enseñarnos cómo se puede vivir para sufrir y para amar.

SALVADOR FARINA.



El espejo, cuadro de Haroldo Knight

Somos absolutamente mejores cuando hemos perdido las cualidades que nos parecieron constituir que había en el mundo un esposo ideal y le esperó siempre en vano.



El soneto, cuadro de Haroldo Knight

todo el decoro masculino; y no nos ha mejorado tanto la experiencia como la temida debilidad. Nuestros sentidos van muriendo uno a uno, pero el sen-

mo se puede vivir para sufrir y para amar.

ROMA. — LA ACADEMIA
DE BELLAS ARTES ALEMANA

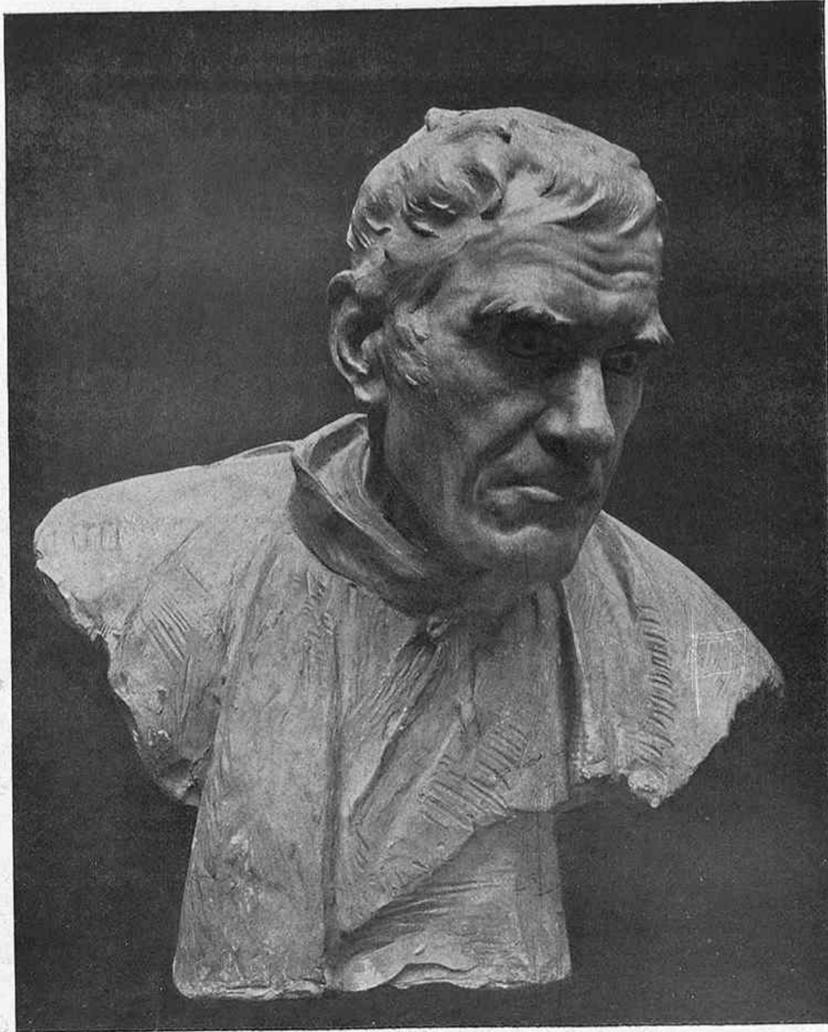
(Véase la lámina de la página 109.)

Fuera de la Puerta Pia, en la célebre vía Nomentana, a cuyos lados se levantan hoy espléndidas quintas y bellas construcciones modernas, una antigua y nobilísima familia, la de los Massimo, poseía un vasto terreno plantado de árboles y situado en un lugar magnífico, puesto que desde él se dominaba toda la risueña campiña romana, pero que se hallaba en el mayor abandono.

Un mecenas ilustre, uno de esos millonarios cuyas riquezas deben ser bendecidas por el noble uso que de ellas se hace, el Sr. Arnhold, consejero de la corona en Berlín, hombre muy conocido en el mundo de las bellas artes, tuvo la idea luminosa de comprar la *villa* Massimo y establecer en ella, a sus costas, la residencia de los jóvenes artistas a quienes el gobierno alemán envía a Roma para que se inspiren en las maravillas del arte y de la naturaleza que les ofrece una estancia prolongada en la Ciudad Eterna.

Pero la idea genial del generoso donante necesitaba para su realización un arquitecto que fuese al mismo tiempo un sabio arqueólogo y un artista de gran gusto; de aquí que el Sr. Arnhold se dirigiera a Maximiliano Zürcher que ya en Florencia había dado pruebas de su valor artístico; y efectivamente el Sr. Zürcher ha realizado verdaderos milagros.

Allí donde, hace dos años, no había más que una vasta llanura uniforme de 30.000 metros cuadrados, ha creado elevaciones de terreno con alamedas, terrazas y jardines, presentándose hoy la *villa* con todo ese lujo decorativo de estatuas, columnas y surtidores que hizo célebre el renacimiento italiano. Es-



Aldeano, escultura de Eduardo Lanteri
que figura en el Museo del Luxemburgo, de París

tán ya construídos doce talleres para pintores y escultores que, en breve quedarán enteramente terminados; alguno lo está ya y en él trabaja el artista y

además de trabajar habita en él; pues hay que consignar que cada taller tiene en su piso superior una linda habitación compuesta de una antesala, un saloncito de estudio, un dormitorio y una sala de baño y tocador, todo ello tan confortable y tan elegante que cualquiera al verla se creería en un lujoso hotelito.

Preciso es reconocer que el Sr. Zürcher ha sabido definir, en sus construcciones, lo que debe ser la casa del artista moderno: poesía en el exterior, pero en el interior mucha higiene. El antiguo bohemio, extrañamente original y generalmente sucio, se ha transformado ahora en un *gentleman* impecable que puede frecuentar los más aristocráticos salones.

El Palacio de la Academia, cuyos cimientos se han echado y que estará terminado en el mes de mayo de 1914, será, sin duda alguna, un digno y poético templo de las bellas artes y al mismo tiempo la más deliciosa y cómoda residencia para los artistas. Este palacio cuya fachada tendrá unos 100 metros de longitud, con sus pórticos, sus terrazas y su doble patio, contendrá los salones de exposición y recepción, el comedor y las oficinas y armonizará perfectamente con la pintoresca *villa* cuyo dibujo y cuya decoración son verdaderamente dignos de aquellos maestros del arte que se llamaron Vignole y Le Notre.

De esta decoración hubiera querido yo publicar mayor número de detalles muy interesantes, pero como está absolutamente prohibido sacar fotografías hasta que todos los trabajos estén terminados, he tenido que limitarme a tomar las vistas principales aprovechando la amable complicidad de un artista,

que no sabía que en el sincero admirador se ocultaba un periodista indiscreto,

CARLOS ABENIACAR.

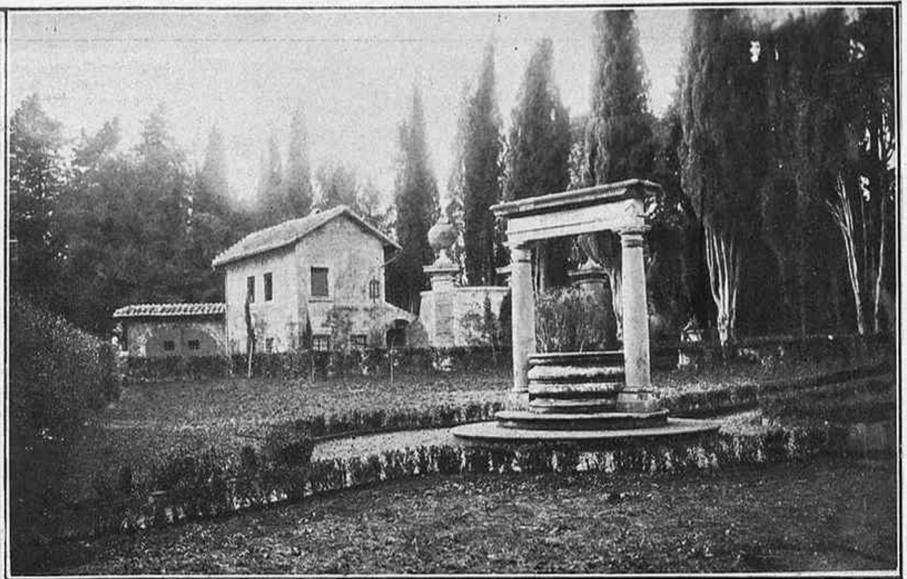


El último verano, grabado original de F. Myrbach. (Reproducción autorizada por la Gesellschaft für vervielfältigende Kunst, de Viena.)

ROMA. - LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES ALEMANA



AVENIDA PRINCIPAL



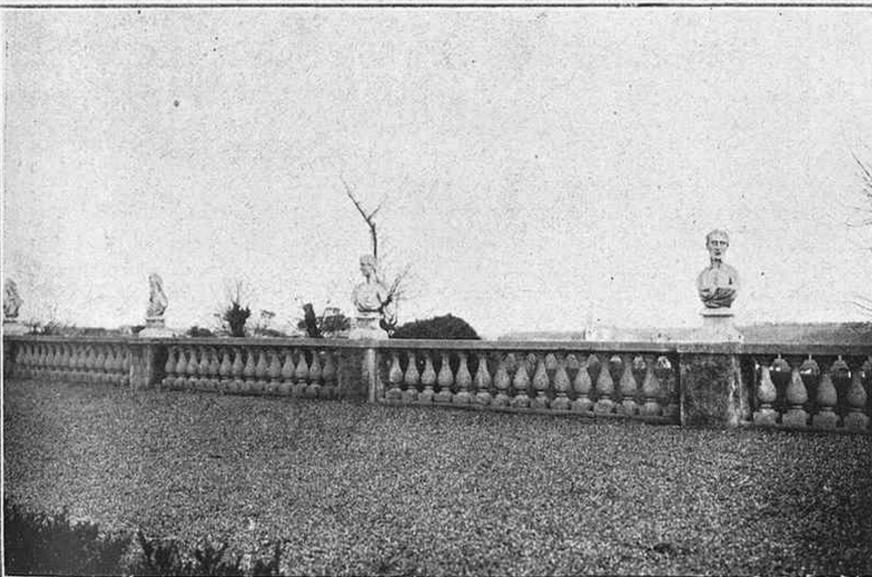
CASA DEL GUARDA Y POZO DE ESTILO ANTIGUO



FUENTE MONUMENTAL DEL SIGLO XVI



SITIO EN DONDE SE LEVANTARÁ EL PALACIO



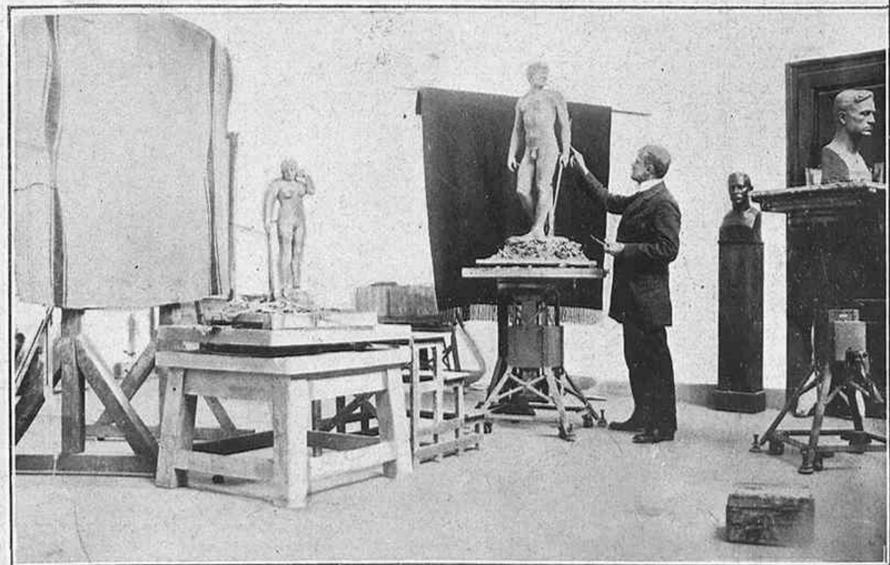
LA GRAN TERRAZA



AVENIDA DE LOS TALLERES



LOS TALLERES



INTERIOR DEL TALLER DEL ESCULTOR EBE

(De fotografías de Carlos Abeniagar.)

LA CUESTIÓN DE ORIENTE. — SE REANUDAN LAS HOSTILIDADES. — EN CONSTANTINOPLA DESPUÉS DEL GOLPE DE ESTADO



Constantinopla. — Los manifestantes delante de la Sublime Puerta después del golpe de Estado
(De fotografía de Argu: Photo-Reportage.)

Como anunciábamos en nuestra última crónica, han quedado rotas las negociaciones de la paz que se seguían en Londres y se han reanudado las hostilidades entre los beligerantes. Antes de ocuparnos en la nueva situación a que estos hechos han dado lugar, ampliaremos con algunos detalles lo que entonces dijimos.

El día 30 de enero el secretario de la delegación servia, Sr. Groúitch, entregó al primer delegado otomano, Rechid-bajá, una nota en la que se declaraba que los plenipotenciarios aliados, en vista de que habían transcurrido tres semanas sin que los plenipotenciarios otomanos contestasen a sus últimas demandas, y en vista de que los sucesos de Constantinopla les parecían descartar toda esperanza de llegar a la paz, se veían, con gran sentimiento, obligados a dar por rotas las negociaciones comenzadas en la capital de Inglaterra, el 16 de diciembre.

Poco después, un miembro de cada una de las delegaciones balkánicas entregó al secretario de Estado, sir Eduardo Grey, una copia de la anterior nota acompañada de una carta explicando los motivos de su conducta y agradeciendo al rey y al gobierno británicos la cordial hospitalidad que se les había concedido.

El mismo día, el generalísimo del ejército búlgaro, general Savoff, envió al gran visir Mahmud-Chefket-bajá, generalísimo del ejército imperial otomano, el siguiente despacho: «Participo a Vuestra Excelencia que las negociaciones de Londres han quedado

rotas. Tengo el honor, conforme al artículo 4.º del protocolo de armisticio, de poner en vuestro conocimiento que las hostilidades se reanudarán cuatro días después de la presente notificación, es decir, el próximo lunes, a las siete de la noche.»

Mahmud-Chefket-bajá limitó a contestar que tomaba nota de aquella comunicación.

Posteriormente los delegados balkánicos y turcos han ido abandonando Londres.

El propio día 30 el subsecretario de Estado de Negocios Extranjeros de Turquía, Saíd-Halim, entregó al embajador de Austria en Constantinopla, marqués de Pallavicini, la contestación del gobierno turco a la nota de las potencias. Este documento diplomático está redactado en términos aun más conciliadores de lo

que decíamos en la crónica anterior, puesto que en la cuestión de las islas del mar Egeo, el gobierno turco no se muestra irreductible, como afirmaban los primeros telegramas, sino que consiente en aceptar la resolución que acerca de ellas adopten las grandes potencias, llamando solamente la atención de éstas sobre la importancia que dichas islas tienen para la integridad de la posesión de los Dardanelos, «lo que la Sublime Puerta estima como cuestión del mayor interés europeo».

Como se ve, es insignificante la diferencia entre esta respuesta y la que tenía preparada el gabinete de Kiamil-bajá y que sirvió de pretexto para el golpe de Estado de los Jóvenes Turcos y ocasionó el asesinato de Nazim-bajá. Esto demuestra que, en el fondo, el movimiento revolucionario de Constantinopla no obedeció a los altos móviles que alegaron sus autores, sino a bajas pasiones, a ambiciones y egoísmos puramente personales.

El resto de la contestación, que es bastante extensa, se reduce a manifestar los buenos deseos de Turquía en pro de la paz y a tomar nota con real satisfacción de las disposiciones y las promesas benévolas de las potencias en lo que concierne a su apoyo moral y material para reparar los males de la guerra y hacer valer los recursos naturales del Imperio, si bien formulando algunas pretensiones relativas a la



Constantinopla. — Tropas de infantería esperando la llegada del Sultán a la mezquita de Dolma Bagché. (Fotografía de Trampus.)



Constantinopla. — La muchedumbre esperando la llegada del Sultán a la mezquita de Dolma Bagché para la ceremonia del Selamlık
(De fotografía de Carlos Trampus.)

administración interior. Por su parte el comité joven turco, como si quisiera contrarrestar el efecto que la respuesta del gobierno a las potencias haya podido causar entre los exaltados, ha publicado un manifiesto anunciando la formación de un comité de defensa nacional y en el que se dice, entre otras cosas: «Nuestro deber es defender hasta el último extremo la herencia sagrada de nuestros antepasados, nuestra fe, nuestra patria, nuestra nacionalidad y nuestro honor. Si descuidamos este deber, la posteridad y la historia nos maldecirán. Hemos adoptado la decisión irrevocable de salvar la soberanía otomana sobre Andrinópolis y sobre las islas y de defender, en todos los puntos ocupados por nuestros enemigos, nuestros derechos y nuestros intereses nacionales.»

En Constantinopla, según unas noticias, reina gran optimismo; según otras, el gabinete se halla en situación muy grave, temiéndose una contrarrevolución. Telegramas de aquella capital niegan que hayan ocurrido entre las tropas turcas de Tchatalcha los choques sangrientos de que hablábamos en la última crónica; otros, en cambio, no sólo confirman aquellas colisiones, sino que, además, dicen que el ejército otomano está hondamente dividido y que son muchos los generales y las tropas que quieren a todo trance vengar la muerte de Nazim-bajá.

Conforme había anunciado el general Savoff al denunciar el armisticio, el día 3 de este mes se reanudaron las hostilidades: en Andrinópolis, con un

continuó con mayor violencia el día 4, habiendo emplazado los sitiadores cuarenta cañones servios contra aquella ciudad, cuyos defensores se defienden heroicamente y aseguran contar con suficientes recursos para resistir mucho tiempo todavía.

está en vías de satisfactorio arreglo; y por lo que hace a Rusia y Austria, la carta autógrafa del emperador Francisco José al tsar Nicolás ha disipado todo recelo de posibles dificultades entre ambos Estados. Las potencias continúan perfectamente unidas y resueltas a que turcos y aliados se las compongan como quieran, sin perjuicio de volver a interponer sus buenos oficios en pro de la paz cuando los beligerantes lo soliciten.



Constantinopla. - Enver-bey (x), el director del golpe de Estado, esperando con otros oficiales la llegada del Sultán a la mezquita de Dolma Bagché. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Según los últimos telegramas, los turcos han sufrido una gran derrota, el día 5, en Galípoli; a consecuencia de este hecho de armas, los búlgaros se han hecho dueños de casi toda la costa del mar de Mármara hasta Bulair.

¿Cuáles serán la duración y el resultado de esta nueva fase de la guerra? Es general la creencia de que ésta terminará pronto y favorablemente para los aliados; pues las complicaciones que podían temerse

de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La vista de la causa, que durará varios días, pues han de ser oídos 249 testigos, ha despertado naturalmente gran interés en París, habiendo sido solicitadas con mucho empeño las papeletas de invitación para asistir a las audiencias. En este punto, el presidente del tribunal ha demostrado un rigorismo extraordinario, habiendo sido muy contadas las personas admitidas a presenciar los debates. Del público que

PARÍS. - EL PROCESO DE LOS BANDIDOS EN AUTOMÓVIL.

Se está viendo estos días en el Tribunal de Assises del Sena el proceso instruido contra los famosos bandidos que desde fines de 1911 y durante los primeros meses de 1912 tuvieron aterrorizada a Francia y que fueron conocidos con los nombres de «la cuadrilla trágica» y «los bandidos en automóvil».

No hemos de recordar los crímenes perpetrados por estos terribles malhechores, pues algo dijimos de ellos en el número 1.584

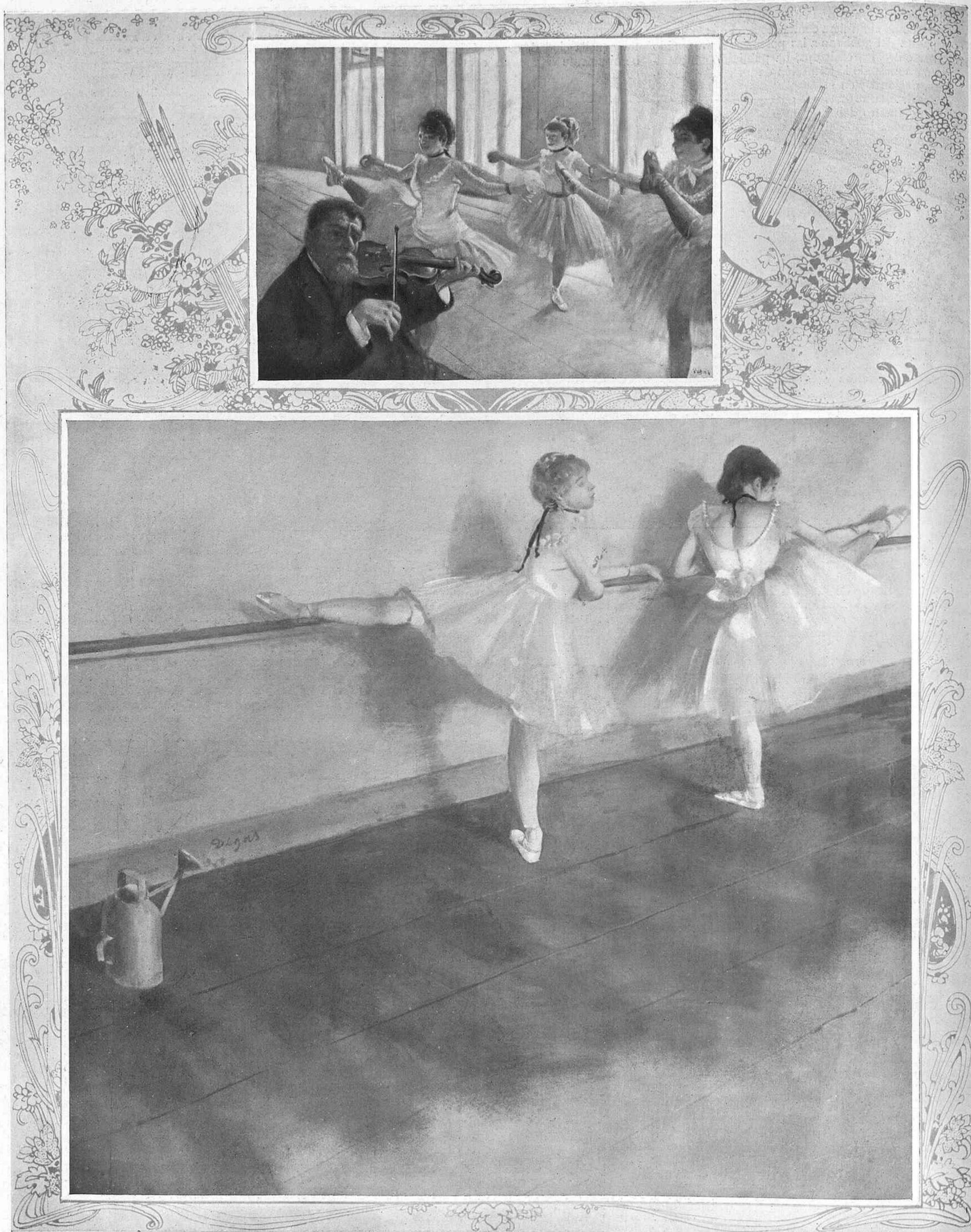


París. - La muchedumbre esperando que se abra la verja del Palacio de Justicia para asistir a la vista del proceso de los llamados bandidos en automóvil. (De fotografía de Rol.)

violento bombardeo de los búlgaros, al que los turcos contestaron enérgicamente, y en Tchatalcha con ligeras escaramuzas. El bombardeo de Andrinópolis

y con las cuales contaba Turquía seguramente para mejorar su situación comprometida, parecen definitivamente descartadas. El conflicto rumano-búlgaro

formaba larga cola a la puerta del Palacio de Justicia, sólo los que ocupaban los tres primeros puestos pudieron entrar en la sala. - R.



ENSAYO DEL BAILE y BAILARINAS EN LA BARRA, cuadros de Hilario Degás vendidos en París por 150.000 y 435.000 francos respectivamente

En la venta pública de la colección Rouart hace poco efectuada en París, estos dos cuadros de Degás han alcanzado los precios verdaderamente extraordinarios que dejamos consignados. Durante la venta, en una de las salas de la galería Manzi, en donde aquélla se realizaba, había un anciano de aspecto modesto que departía con algunos amigos: era Degás. Cuando fueron a anunciarle que su lienzo *Bailarinas en la barra* había sido adjudicado por 435.000 francos, se limitó a con-

testar con aire indiferente: «Es realmente curioso, porque este cuadro lo vendí yo por 500 francos.» Degás nació en París en 1834 y se ha conquistado uno de los primeros puestos en la pintura francesa. Firme en sus ideas artísticas, jamás se ha dejado influir por la moda y su gloria es tanto más envidiable cuanto que la ha conseguido sin rendir acatamiento a los gustos mudables según las tendencias de cada época.



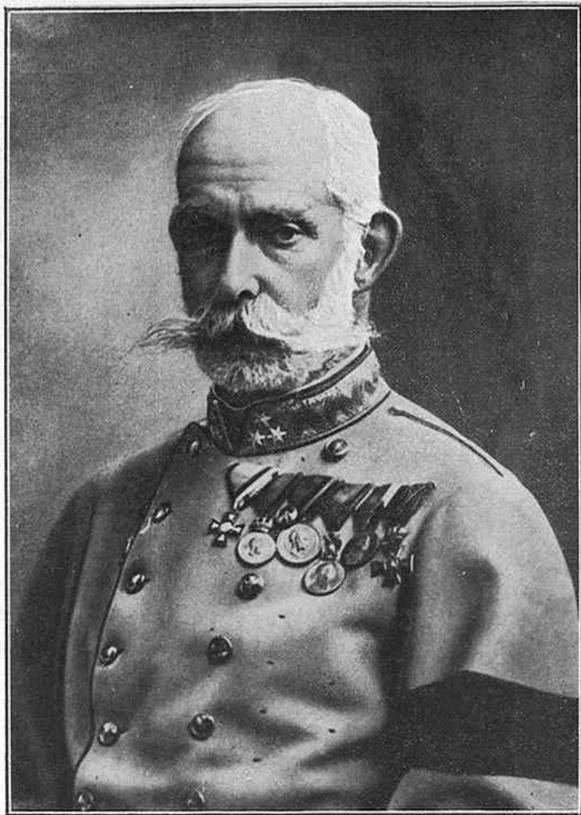
DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de C. Wunnenberg. (Reproducción autorizada por la Photographische Gesellschaft, de Berlín.)

EL ARCHIDUQUE RENIERO

A la edad de ochenta y seis años ha fallecido en Viena el archiduque Reniero, primo segundo del emperador Francisco José y una de las personalidades más importantes y populares en el imperio austriaco, al que había prestado eminentes servicios.

Había nacido en Milán; era hijo del archiduque de su mismo nombre y de la archiduquesa Isabel, princesa de Saboya-Casignán y se había casado en 1851 con su prima la archiduquesa María Carolina.

Comenzó sus servicios militares como oficial en el regimiento silesiano de infantería, pasando después a uno de coraceros; en 1851 dió su nombre al regimiento de Salzburgo, que sentía gran veneración por su coronel, y a la edad de veintisiete años era mayor general. Tres años después era nombrado presiden-



El archiduque Reniero de Austria, fallecido en Viena el 27 de enero último. (Fot. Chusseau-Flaviens.)

te del Consejo privado imperial y al poco tiempo presidente del Nuevo Consejo Imperial; desde 1861 a 1865 fué ministro presidente del gabinete Schmerling.

Todos estos servicios civiles retrajéronle sólo temporalmente de su carrera militar, a la que volvió con mayor afán después de haber efectuado largos viajes por el extranjero, concurriendo a la campaña de Italia y tomando parte en la batalla de Custozza. En 1872 empezó su obra afortunada de organización del ejército territorial (*Landwehr*), institución que fué reci-



Carnaval de Niza. - La batalla de flores: uno de los coches que más llamaron la atención (De fotografía de M. Rol.)

da con desconfianza por todos los elementos civiles y militares del país y que él consiguió acreditar con sus acertadas disposiciones.

El archiduque era un verdadero sabio, sobre todo en Ciencias jurídicas, siendo considerado como verdadera autoridad en

Derecho internacional privado. También sobresalió en el conocimiento de la historia antigua y moderna de todos los pueblos y especialmente de la historia del arte.

Brahmin Ben Adela es protegido de España; recientemente ha estado en Tánger, en donde ha pasado varios días con el ex-sultán Abd-el-Aziz y ahora ha ido a la corte con objeto de ver



Brahmin Ben Adela (1), almotacén de Marrakesch y primo hermano del Sultán, y su hijo (2), que actualmente se encuentran en Madrid. (De fotografía de Vidal.)

Su muerte ha sido profundamente sentida por todas las clases sociales de Austria.

Era doctor honorario en Filosofía de la Universidad de Viena, doctor honorario en Ciencias técnicas, miembro honorario de la Academia de Bellas Artes y miembro honorario y administrador de la Academia Imperial de Ciencias.

EL CARNAVAL DE NIZA

LA BATALLA DE FLORES

Con la animación extraordinaria de todos los años, se ha celebrado en Niza la batalla de flores, que constituye siempre uno de los números más atrayentes del programa de fiestas carnavalescas de aquella ciudad encantadora.

A las dos de la tarde, cuando el cañón del castillo dió la señal de que comenzaba la batalla, las tribunas estaban enteramente llenas, lo mismo que la pista y las sillas, y una doble hilera de coches ocupaba el paseo de los Ingleses.

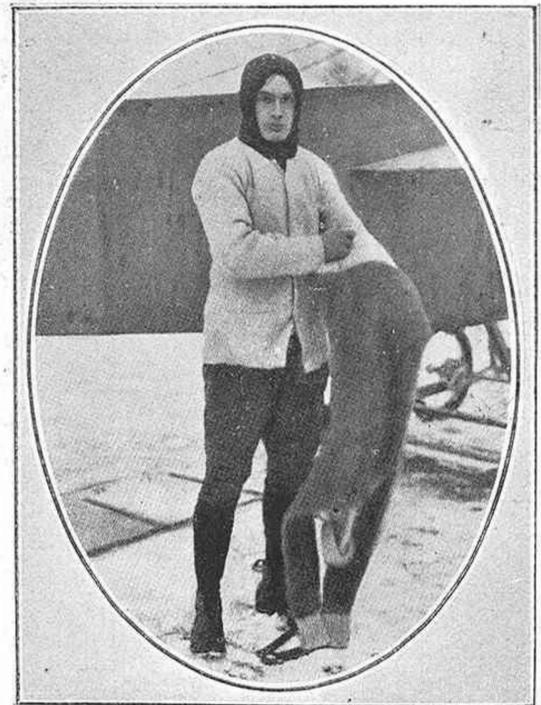
Los coches adornados fueron en gran número y en todos ellos presidía el gusto más exquisito: las flores de colores más variados, mimosas, violetas, claveles, rosas, lilas y muchas más, hábilmente combinadas, cubrían completamente los carruajes, convirtiéndolos en objetos de arte de singular belleza.

al Rey y a varios diplomáticos a quienes alojó en su casa de Marrakesch.

Interrogado por un periodista madrileño, ha hecho importantes manifestaciones, entre ellas la de que Francia tendrá que luchar mucho y gastar mucho dinero hasta vencer a las tribus y establecer su protectorado en la región de Marruecos que le ha sido adjudicada, y la de que en Alcázar y en Larache reina absoluta tranquilidad gracias a la labor allí realizada por el coronel español Sr. Fernández Silvestre.

EL AVIADOR BIELOVUCIC

El día 25 del mes pasado, el aviador peruano Bielovucic atravesó los Alpes en aeroplano, repitiendo, aunque con mejor



El aviador peruano Bielovucic, que recientemente ha cruzado los Alpes en aeroplano (De fotografía.)

suerte, la hazaña realizada en 23 de septiembre de 1910 por el infortunado Chávez, que murió trágicamente al tomar tierra después de haber efectuado aquel vuelo de una audacia extraordinaria.

Bielovucic emprendió el vuelo en Brigüe a las doce del día 25 de enero último; 14 minutos después pasaba por encima del Simplón y a las doce y 28 minutos descendía en Domodossola, en donde fué llevado en triunfo y obsequiado en su quinta por el Sr. Falcioni, diputado y subsecretario de Estado que había organizado una recepción en su honor.

MARROQUÍES NOTABLES EN MADRID

Desde hace algunos días encuéntrase en Madrid, acompañado de su hijo, el almotacén de Marrakesch Brahmin Ben Adela, primo del actual Sultán de Marruecos Muley-Yussef.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Gifford le miró sorprendido.

- ¿Ha aconsejado usted lo mismo a esa encantadora artista Miss Cranstone?

- Enfáticamente. Aun siendo ultraconservador en la ciencia como soy, no me atrevo a poner en peligro de perderse la vista de un cliente aristocrático.

Y añadió con afectación de jovialidad:

- Quien ha sido el último en la carrera, siempre recibe un placer al vitorear a los ganadores. Beatriz Messonier tiene bien merecido el triunfo. Ha conseguido abrir las puertas de la ciencia, a las que yo ni siquiera había tocado.

Gifford sintióse un tanto aliviado al saber que Miss Cranstone pondría su curación en manos de la Messonier.

No podía, sin embargo, comprender qué humor extraño había hecho a Sir Floyd confesar tan cándidamente su fracaso. No era muy propio de los médicos antiguos laudar a los nuevos partidarios de la moderna escuela radioterapéutica.

Llegados a la Plaza de Trafalgar, apeóse del carruaje, después de chocar su mano con las del anciano oculista.

- Me retiro de mi profesión, Mr. Rénwick, dijo Sir Floyd desde la ventanilla del coche. Pero antes querría preguntar a los agentes de la Seguridad y de la Oficina Internacional en particular qué medidas toman para impedir a una cuadrilla organizada de malandrines japoneses atacar tan salvajemente a los opulentos mecenas del arte de la Gran Bretaña.

Y sin esperar respuesta, Sir Garston hizo señal al cochero, que fustigó al caballo; y el carruaje siguió su marcha.

Aquella noche Gifford cenó en un restaurán bohemio de Soho, donde había encontrado por primera vez a la ojirrisueña Pepio Tsarka.

Estaba seguro de que el diminuto doctor japonés no permitiría salir más a su hija, a menos que no fuese en un velocísimo auto.

Terminada la cena, Gifford sacó su libro de notas para asentir unas cuantas impresiones referentes a la salvajada del estudio.

Tenía el lapicero en el bolsillo del chaleco, y al irlo a sacar, se lo impidió el dedo de goma que en el mismo bolsillo había puesto, pues se habían enredado juntos en el forro.

Con cuidado los sacó de una arruga de éste, y al ir a poner nuevamente el dedo en el bolsillo, percibió que de su interior salía una extraña e intensa emisión luminica.

Introduciendo cuidadosamente en el hueco dedo de caucho la punta del lápiz, echó de ver que al rozamiento producido en la materia que contenía, las radiaciones crecían en potencia y duración; y poniendo el dedo bajo el mantel de la mesa, quedó asombrado y deslumbrado por el volcán de rayos violados y semovientes que iluminaron las sombras del espacio obscuro inferior.

- ¡Canastos, musitó; este chisme infernal es también radioactivo!

Un estremecimiento de terror le recorrió todo su ser mientras oprimía el dedo misterioso bajo la mesa del restaurán.

Y con el mismo espanto de un niño que hubiese experimentado ya los horrores de la ceguera causada por el radio, contempló las emisiones lumínicas de aquel dedo artificial con el corazón palpitante de angustia y los labios apretados de coraje.

el radio ni de sus camaradas, pues para cuando Gifford hubiese recobrado la vista, Tsarka contaba encontrarse en posición de desafiar los alquilones privados de la Oficina Internacional de Investigaciones.

El Dr. Tsarka, casi de espaldas hacia su compañero, estaba consultando atentamente un mapa de carreteras extendido ante él.

- Estos detectives ingleses no nos deben importar gran cosa, Horubu, dijo sin separar la vista del mapa. En el Japón ya nos habrían dado garrote.

- Sólo hemos de temer a ese Rénwick.

Después de pronunciadas estas palabras, Horubu sufrió un violento ataque de tos perruna.

El Dr. Tsarka se levantó para golpearle en la espalda y le estuvo dando palmadas hasta que cesó el paroxismo.

- Tú tos tiene un eco particular, Horubu, dijo mirando casi afectuosamente aquel rostro chato por cuya boca se asomaban unos dientes negros. Sé de casos en que la policía de Nueva York ha identificado a un hombre sólo por la tos.

- Esta niebla del río me envenena, repuso Horubu sordamente. En el verano volveré a Nagasaki. Nuestros proyectos con el radio tardan mucho en realizarse, Teroni, y nos volvemos viejos.

- Y ricos, interpuso Tsarka. Esta misma semana presenciara cómo el oro inglés nos inunda. No hemos empleado nuestro saber por nada. Hoy mismo debe Inouyiti realizar su ataque contra varios aristócratas ingleses y extranjeros, Las once era la hora convenida. Uno de los hombres es un multimillonario yanqui; otro un príncipe; además una duquesa y un barón alemán...

- Los barones alemanes son caza muy pobre, refunfuñó Horubu. Los alemanes nos enseñaron la economía. ¿Por qué no ha procurado Inouyiti atrapar a algunos americanos más?

- El muchacho ha hecho cuanto ha podido; es bien listo.

- Pero es muy largo de lengua, respondió haciendo una mueca Horubu casi desde entre los pliegues de la cortina. ¡Estos artistas tienen la lengua de mujer!

Tsarka asintió pensativo.

- Ama a una actriz inglesa, una joven llamada Cranstone, y aun creo que ha pedido ya su mano.

Horubu se incorporó en su asiento.

- ¿Pero y Pepio, vuestra hija? ¿Yo creí que había entre ustedes ya un contrato de matrimonio! Pepio hubiese sido para Inouyiti una esposa excelente y cariñosa.

El Dr. Tsarka sonrióse ligeramente.

- No estimo en gran cosa esa unión, Horubu. Inouyiti es un muchacho baladí, de familia vulgar, de físico no muy fuerte. Con todo, siento el desprecio que ha hecho a mi hija Pepio.

- Tú amas a tu hija, dijo Horubu inclinando su cabeza de toro en señal de respeto. Buena hija, buena esposa.

- Ella es la última de mi casa, continuó el doctor Tsarka. Yo soy hombre de muchas ocupaciones, y no obstante, Horubu, muchas veces interrumpo mi trabajo para pensar en ella. Hace bien poco, era una criatura balbuciente. Hoy estudia literatura inglesa y el arte de este gran pueblo. Inouyiti la ha menos-



... quedó asombrado por el volcán de rayos violados que iluminaron el espacio obscuro inferior

IX

«Si los dioses no inventaron las caretas para viajar en auto, inventaron el polvo que hace imprescindible de todo punto su uso.»

Desde la ventana de su estudio, el Dr. Tsarka dominaba la vista del río, por el que las negras barcazas navegaban en lenta procesión hacia la humosa ciudad.

Un japonés bajo y fornido se hallaba sentado tras las tupidas cortinas, con la cabeza profundamente inclinada hacia el pecho.

Sobre una mesita en el centro de la habitación había dos mascarillas de viaje para auto y dos guardapolvos de camino.

Habiendo abandonado su propia residencia de Londres, la mañana siguiente a la entrada en ella del detective Rénwick, el Dr. Tsarka se había refugiado en la morada que Horubu tenía en Púrfew del Támesis.

Allí no tenía qué temer del detective cegado por

preciado por esa hermosa actriz inglesa. Sin embargo, hemos de soportarlo. ¡Atención!

Hasta ellos llegó el zumbido de un auto que desembocaba en la calle. Diez segundos después oyeron jugar una llave en la cerradura y pasos torpes y precipitados en el recibimiento.

Abrióse un poco la puerta de la habitación y entró Inouyiti, flotante su corbata roja bajo su rostro alterado, con los ojos abrasadores que se clavaron angustiosos en el Dr. Tsarka.

— ¡Ya está!, exclamó. Dame algo que beber; me siento mal. La cabeza me zumba... Oh... Tsarka... por favor...

El diminuto especialista le acercó una copita de licor a los labios, con el rostro resplandeciente de expectación.

Horubu miró con ceño la entrada del joven artista, la corbata roja suelta, la americana desabrochada y las palabras farfallosas.

Asoya Horubu había servido a las órdenes del general Oyama durante la ruda campaña de la Manchuria, y sus instintos militares se rebelaron ante el histórico comportamiento de Inouyiti.

El licor dió ánimos al joven artista; su respiración se hizo más regular, sus maneras menos distraídas.

El Dr. Tsarka encendió cuidadosamente una de las lámparas de la habitación.

— Estamos contentos de que hayas operado sin error, Inouyiti.

Miró al joven artista cuya cetrina faz quedaba ahora dentro del campo iluminado por la lámpara y añadió:

— Horubu y yo celebramos muchísimo tu iniciativa y expedición.

Inouyiti se agitó en su asiento:

— Ha ocurrido un error, dijo aterrizado. Me fue imposible evitarlo. Algún genio desgraciado ha destruido el sueño de mi felicidad. ¡Ay, sufro infinitamente! ¡Sólo con la muerte puedo expiar mi falta! ¡Por favor, Tsarka, ayúdame a finar mi vida miserable!

Cubrióse el rostro con entrambas manos como si pretendiera defenderse de los amenazadores ojos de Horubu que no se le quitaban de encima.

— ¡Me pesa ya el vivir, Tsarka; ayúdame por piedad a poner término a esta vida!

Su lloro ruidoso hizo pronunciar un juramento a Horubu, y, levantándose, el veterano fué a retirarse airado y disgustado del estudio; pero el Dr. Tsarka le detuvo con gesto a la vez suplicante e imperioso.

— Ten paciencia, Asoya Horubu. Tus instintos te llevan a la violencia; pero este joven (y señaló al abatido artista) ha realizado una empresa desesperada, y merece toda nuestra simpatía.

El exsoldado tomó de nuevo su asiento vomitando maldiciones contra las naturalezas afeminadas.

Tsarka paseó por la habitación y se detuvo junto a la ventana, desde donde se veían los apagados resplandores de las luces envueltas en las nieblas del río.

Un remolcador navegaba contra corriente hacia un tropel de barcas ancladas en el oscuro abrigo del ojo del puente.

La voz del artista le llegó en sollozos entrecortados: voz rebosante de la angustia pueril propia de los pequeños nipones.

— Yo había cumplido mi obra y abandonado el taller en manos de nuestras víctimas. Todo había marchado con regularidad exacta: no hubo tropiezo alguno. El americano estaba transformado por el distribuidor radiomolecular en un barba roja; el barón alemán se había dado cuenta de las pintas que le salían y daba voces pidiendo un baño. Todo iba bien. Hasta la propia duquesa de Márister cayó en el garlito mirando por el estereoscopio envenenado con el radio *La pagoda encantada*.

»Tomé mi auto y casi había llegado ya hasta aquí cuando supe que Miss Cranstone, la mujer que es mi vida, la flor de mi alma, había entrado sin invitación en el estudio.

»El demonio guió sus pasos hacia el infierno de tortura que yo había preparado para otros. Lo supe por un periódico de la tarde. Esto es más de lo que puedo sobrellevar. ¡No puedo vivir para ver sus sufrimientos!

El Dr. Tsarka le miró fríamente, con un fulgor extraño en su cobrizo y arrugado rostro.

— Los asuntos de tu amor privado son cosas que nos tienen sin cuidado, Inouyiti. Si esa actriz inglesa ha participado de lo que otros, no tiene remedio. No molestes a nuestro buen camarada Horubu con tanto lamento.

Inouyiti se irguió haciendo una mueca de desesperación, teniendo rígidos los dedos de sus manos extendidas y convulsas.

— Debo marchar de aquí. ¡El cielo que recibe a

los mortales, terminada esta vida, ha quedado cerrado para mí!, dijo casi con un grito. ¡Lloraré por ella en las tinieblas, por siempre y para siempre! ¡Ambos nos cruzaremos en la eternidad sin vernos ni hablarnos!

Pero sentóse de nuevo en el asiento como si férrea mano le empujase y sujetase.

— ¡Temperamento artístico!, rugió despectivamente Horubu. ¡Lo que enerva a los hombres, destruye los ejércitos y arruina a las naciones!

— Es una especie de radio espiritual..., una enfermedad cuyo sufrimiento consiste en la volición eterna, dijo Tsarka con un tono irónico a propósito para la comprensión sensitiva del artista.

El silencio reinaba ahora en el estudio donde Inouyiti se bamboleaba de aquí para allá en su tormento.

Tsarka con la cabeza inclinada hacia la lámpara leía ávidamente el periódico de la tarde que había dejado caer de las manos Inouyiti.

Suspiró al leer las breves y llamativas líneas que encabezando el reporte noticioso revelaban de una simple ojeada la historia del crimen de Inouyiti.

Después entregó el periódico a Horubu.

— De esta fecha y con lo que produzcan nuestros honorarios podremos extender nuestras operaciones a Norteamérica, dijo pensativo. América es el país donde los millonarios estimulan a la ciencia, Horubu.

Asoya leyó el periódico gruñendo de vez en cuando, según en el relato reporteril se revelaba la magnitud del crimen.

Después, encogiéndose de hombros, puso aparte el periódico.

— Querido Tsarka, has preparado este *coup* para procurar pacientes al Instituto del Radio. Todavía, puede no resultar... No me gustan estos planes tan inspirados...

— ¿Cómo que puede no resultar?

El Dr. Tsarka le miró con asombro pero de buen humor.

— Nosotros nos hemos puesto, continuó, en boga con la cura de Gifford Réwnick. El renombrado especialista inglés Sir Floyd Garston afirma que el Instituto Messonier ha realizado el mayor triunfo en la moderna cirugía oftálmica. Una veintena de periódicos médicos de Inglaterra y resto de Europa ocupan varias de sus columnas tratando de la cura famosa del detective. Somos célebres. La duquesa de Márister y el príncipe Hohenhoff irán ciertamente al Instituto Messonier. Por tanto deben elegir entre la ceguera o nuestros honorarios.

Y el doctor prorrumpió en estridente risotada.

Horubu hizo una mueca, sacó luego un pitillo negro de su bolsillo y cortó pensativamente las extremidades del cigarro.

Sus enormes espaldas proyectaban sobre la pared una sombra elefantina. Dando una gran chupada, sus ojos se dirigieron al joven artista acucillado en la silla.

— Todo esto parece el sueño de un especialista neurótico, dijo a media voz. Debemos tener cuidado y no levantar mucho la puntería de nuestros cañones.

Y deteniéndose un poco, mientras contemplaba las azulinas espirales del humo de su cigarro, añadió:

— Ahora lo que hemos de hacer es reunir el radio y enviárselo a la Messonier. Lo necesitará.

— Inouyiti lo tiene. Le dejé los seis granos que cogimos del laboratorio Móritz, y los puse en una cubeta diminuta, para que lo emplease en el estudio, pues no podía cargar sin él los rociadores y la esponja.

El Dr. Tsarka se volvió y dió una palmadita al lloroso artista que seguía inclinado en la silla.

— ¿Dónde está la cubeta del radio?, preguntó. Dámela, Inouyiti, pues Beatriz Messonier la necesitará para las curaciones.

El joven artista se estremeció al contacto de la mano del doctor cuyos ojos insondables le escudriñaban los suyos.

— Saqué el radio de la ampollita y lo escondí en el dedo de caucho que llevaba, repuso tembloroso el joven. Tú mismo me lo aconsejaste, Teroni.

— ¿Y el dedo, dónde está el dedo? ¿Dónde?

Y la mano del doctor se clavó en el hombro del pintor.

Inouyiti tembló aún más bajo la mirada terrible del especialista, y, por fin, sus palabras fueron saliendo agudas, a pedazos.

— Lo de...jé en el es...tu...dio... Lo ol...vi...dé al hu...ir, respondió débilmente. Hace tres horas envié la mujer a buscarlo. No he sabido más de ella.

— ¡En el estudio!

El Dr. Tsarka repitió estas palabras sin levantar apenas la voz.

— ¡Treinta mil duros de radio abandonados en el estudio!

Y miró con odio y coraje infinitos la temblona figura del artista.

Horubu se inclinó asombrado desde la penumbra balanceando ligeramente su enorme cuello y hercúleas espaldas.

— ¡Perro cobarde, qué has hecho!

— ¡Silencio!

Y en esta palabra de Tsarka se notaba un temblor de ira.

Una derrota colosal le salía al encuentro donde menos la esperaba, y después de tantos años de trabajos tan arriesgados e ingratos.

Su mirada, fija en el tembloroso artista, prenunciaba una explosión de cólera inminente.

— ¡Estabas muy deseoso de salvarte para que te acordases de nuestro inapreciable tesoro del radio! ¡Seis mil libras esterlinas!

— ¡El radio era la sangre de nuestra vida!, refunfuñó Horubu. ¡Nuestro aliento en el combate, nuestra arma blanca! ¡*Tashan!*

Inouyiti se levantó aterrado de su asiento, pero en sus ojos se reflejó la rebeldía.

— ¡Cuidado, Teroni, y tú, lobo Horubu! McGuire habrá ya encontrado el radio, gritó. Esta misma noche lo sabremos.

— En casa de esa mujer hay teléfono, dijo Tsarka sacando una tarjeta de su bolsillo. Aquí está el número Horubu; ve a Teléfonos — cuya oficina está en la calle de detrás — y cerciérate en seguida de si Rosa McGuire ha recogido el dedo de caucho.

Horubu tomó la tarjeta en que estaba anotado el número del teléfono y salió silenciosamente.

En cuanto la puerta de la calle se hubo cerrado el Dr. Tsarka volvióse hacia el tembloroso artista.

— Porque creía que nuestra reserva de radio puro estaba mejor guardada en una simple ampollita te la confié. Ha sido una necedad. Todo depende de que esa McGuire lo haya encontrado cumpliendo tu encargo rápidamente.

— ¿Y si se ha perdido?

— Somos pordioseros... Peor aún. Beatriz Messonier no podrá curar a esos clientes aristocráticos si no tiene radio puro con que operar. Necesita radio. Aunque tuviésemos dinero no podríamos obtener inmediatamente el radio que necesitará...

En el silencio que siguió a esta explicación se oyeron en el pasillo los pasos de Horubu, que entró con la fiera del tigre buscando con su bestial mirada al misero Inouyiti.

— ¡La McGuire va a ir a la cárcel! ¡Cuando llegó al estudio estaba en éste Réwnick, el perro, y la hizo confesar de plano!

— ¿El radio?

Y el cuerpecillo frágil de Tsarka, al hacer el doctor esta pregunta, tembló horriblemente y se echó a un lado como para evitar un golpe que le amagase.

Horubu sentóse y cerró fieramente los poderosos puños sobre las rodillas.

— ¡No hubiese yo consentido en esconder tan neciamente treinta mil duros de radio en un estúpido dedo de caucho! ¿Por qué no se me consultó?, preguntó con el cigarro apretado entre los dientes.

— No estabas aquí, respondió Tsarka. El dedo me pareció excelente escondite para llevar el radio. Los tubillos de cristal se quiebran fácilmente. Inouyiti sólo usaba el dedo en público. ¡No parecía probable que fuese a perder un dedo, Horubu!

— ¡Necia puerilidad!, gruñó el exsoldado.

Y añadió desesperadamente:

— Esta pérdida nos cuesta la vida.

Después gruñó o más bien aulló, resignándose a la malandanza causada por el miedoso artista.

El Dr. Tsarka palideció ligeramente al volverse hacia Inouyiti.

— Debes, dijo con un esfuerzo, buscar a Gifford Réwnick. Puede ser que durante muchos días no descubra el radio. Casi es seguro que se lo pondrá en el bolsillo y que hasta se olvide de tal cosa, a fuer de buen inglés.

— ¿Y qué diré yo a Réwnick?, preguntó débilmente el artista. Me conoce demasiado.

El Dr. Tsarka se encogió de hombros con aburrimiento.

— Le pegas un tiro, dijo. No hay otro recurso. Horubu estará cerca con un auto rápido para que escapéis con el radio que le sacaréis del bolsillo.

— Tal vez se lo habrá entregado ya a su jefe, replicó Horubu desde el rincón con el entrecejo sumamente fruncido.

— Siempre existe la probabilidad de que no haya descubierto el radio, arguyó Tsarka. Tal vez lo lleve encima semanas enteras como una señal para seguir nuestro rastro. ¡Quién sabe! De todos modos bien vale la pena de probar.

Horubu se movía en el asiento como una fiera hostilizada.

Sus contraídas facciones se suavizaron gradualmente según el plan de su colega se apoderaba de su imaginación.

- ¡Tchul!, exclamó con sonido sibilante al echar una bocanada de humo de su acre cigarro. Inouyiti irá. Le prenderán y le ahorcarán, eso sí; pero la horca es mejor para Inouyiti que el *jarikari* (1). Ya no habrá más exhibiciones de pagodas encantadas; justo es que el público descanse.

El joven artista permanecía fijo en la silla mirando siniestramente a los dos hombres que con desapiadada precisión disponían los detalles del crimen que él debía cometer.

- ¡No dispararé contra Rénwick!, gritó sin poder dominar su espanto. No habéis vosotros de decidir mi destino... ¡Vosotros dos!

El puño de Horubu se levantó para aplastar al tembloroso artista, pero el doctor Tsarka se interpuso.

- El joven tiene sus creencias, Horubu; nosotros tenemos las nuestras. Todas se han de respetar.

Puso amigablemente la mano en el hombro de Inouyiti y añadió despacio:

- En el Instituto Messonier no se podrán hacer más curaciones. Esa mujer inglesa que ha prendido fuego en tu alma: esa Miss Cranstone en cuyos ojos yace el veneno rádico preparado por ti en el estereoscopio quedará a merced de los pedantes médicos ingleses. La señorita Beatriz Mes-

sonier la podría curar como curó a Gifford Rénwick.

Hizo una pausa y con risa mefistofélica prosiguió:

- ¡Mañana cierro el Instituto y en las escaleras de éste habrá tres ciegos que clamarán piedad pero que nunca más contemplarán la luz!

Inouyiti se estremeció como si le hubiese atravesado el pecho una hoja acerada.

- No harás esta última infamia, Teroni Tsarka... Yo expiaré... Un hijo de *Samurái* sabe sufrir y obedecer. Tu voluntad es la mía... Estoy dispuesto.

Hablaba ya tranquilo, con sumisión, teniendo sus finas y bien proporcionadas manos iluminadas por el resplandor de la lámpara.

El Dr. Tsarka suspiró y mirando significativamente al fornido exsoldado, preguntóle:

- ¿Y tú, estás pronto también?

Horubu, sobrecogido por un ataque de tos, hacía temblar al humeante cigarro en su mano sostenido.

Recobrado un tanto acercó su rostro congestionado por el asma a la luz.

- Dame un buen auto, Teroni. Que Inouyiti dispare; yo estaré cerca para desnudar si es necesario a Rénwick. El dedo de caucho debe de estar en uno de sus bolsillos. Después...

Se detuvo atajado por otro acceso de tos que parecía ahogarle:

- Después... si la policía y los transeuntes necios me quieren obstruir el paso, les enseñaré un poco del juego indio *Juggernaut*; pero necesito un buen auto.

Y añadió secándose el sudor de su rostro encarnado por la tos:

- Un auto que pueda barrer una muchedumbre como las granadas de nueve pulgadas de Oyama. ¡Ayati! ¡Estoy pronto, Teroni!

X

El Dr. Tsarka jamás fué víctima de sus propios impulsos.

(1) El *jarikari* es el suicidio forzoso del Japón. Quien se suicida de este modo se hunde un puñal en el vientre, y después, uno de sus amigos le corta de un solo tajo la cabeza para que no padezca larga agonía. - N. del T.

Al ordenar a Inouyiti que matase a Rénwick lo había hecho persuadido de que su existencia dependía del pronto rescate del radio escondido en las junturas del dedo de caucho.

Horubu se levantó del asiento que ocupaba en el rincón y con sus bestiales ojos escudriñó el cuarto de punta a punta.

- Necesito un par de anteojos de automóvil y un disfraz. Esa corbata encarnada de Inouyiti servirá para que nos cuelguen a todos si no la quemamos, rugió mirando al artista.

Un criado trajo los artículos pedidos, y el doctor



Inouyiti se levantó aterrado de su asiento, pero en sus ojos se reflejó la rebeldía.

Tsarka examinó detenidamente el arreo de Inouyiti.

- Te debes vestir de modo conveniente para la aventura. Un sombrero flexible de uniforme yanqui y algo de barba postiza te darán un aspecto bohemio. ¿No tienes esos objetos entre los que guardas para completar los modelos?

El joven tembló al ver el enorme revólver de reglamento que Horubu se escondía bajo los pliegues de su guardapolvo.

- Haré lo que deseáis, musitó temerosamente. Sólo pido me prometáis a vuestra vez que Beatriz Messonier curará a Miss Cranstone.

El Dr. Tsarka le miró sombríamente.

- Trae el dedo de caucho, Inouyiti; tráelo con el radio, que Miss Cranstone será curada. Ve y vistete para el encuentro con Rénwick, y apunta bien.

Horubu anadeó impacientemente por el estudio mientras Inouyiti se retiró para desfigurarse un poco. De cuando en cuando se detenía a la claridad de la lámpara para examinar la carga de su revólver.

- Necesito tu licencia de chofer, Teroni, dijo bruscamente. Cerca de Victoria hay un alemán que tiene el auto que necesito. Un «torpedo», con proa de acero. Fué construido en París por un cirujano ruso que hacía servicio de ambulancia en Manchuria. Es una máquina poco estética, y está en Londres porque un constructor la trajo para servirse de ella como modelo. El alemán del garaje quiere que se la compre. Y a veces me ha dicho que me la dejará a prueba.

- ¿Es que vas a pintar las ruedas con sangre inglesa?, interrogó Tsarka tranquilamente.

- Si la gente inglesa se opone a mi camino esta noche, mañana habrá un auto rojo en el garaje, refunfuñó Horubu.

Inouyiti volvió al poco rato, cubierta la cabeza con un sombrero flexible de los de reglamento en el ejército yanqui.

Tsarka y Horubu unieron un murmullo de admiración, pues no tenían ante la vista al joven artista de caídos hombros y de diez y ocho años.

Unos ligeros toques de pincel habían alargado sus redondas facciones japonesas, un mechoncito de bar-

ba, casi perilla, completaba el cambio. Horubu dióle una palmadita en la espalda con fingida afabilidad.

- De uniforme para herir de firme, mi querido Inouyiti. Esta noche tu nombre correrá todo Londres y se verán tus retratos en todos los escaparates.

Ya que el papel del joven artista en la próxima inmediata expedición había quedado definido, Horubu simuló una despreocupada animación no desprovista completamente de afecto, porque Inouyiti y el exsoldado habían sido algo amigachos en las correrías londinenses.

Para Inouyiti el asesinar a Gifford Rénwick significaba prisión segura y quizás la muerte en expiación de su crimen.

Este pensamiento no le causó el menor pesar.

La memoria de la tragedia del estudio había torturado su conciencia, y asimismo Violeta Cranstone, la única mujer que había conmovido su alma de asiático hasta el amor y la ternura.

Jamás había esperado que ella correspondiera a su afecto, porque estaba de él muy distanciada por la diferencia social y de raza.

Toda la inspiración de su genio translucido no la podría volver a su lado.

El Dr. Tsarka le estrechó la mano, al juntarse a Horubu en la sala; un estremecimiento de emoción suavizó el frío acerado de sus palabras:

- ¡Adiós, Inouyiti; nos acordaremos de ti como de un joven valiente. Si fracasas esta noche, no hay esperanza para nosotros. Apunta bajo; echaros

sobre él al caer y en seguida mano a sus bolsillos, y da el dedo de caucho a Horubu. Adiós.

El joven artista murmuró una despedida inaudible, y salió a la calle, sintiendo en el rostro el airecillo de la noche y despidiendo fuego por los ojos.

Entonó una canción de guerra *Samurái*, pero su compañero le interrumpió al punto.

- Muchacho, hemos de llegar a Victoria. Sale un tren a las ocho. Ese perro de Rénwick suele ir a dar parte a su jefe de las investigaciones del día entre nueve y diez. Si se retrasa nos encontraremos con la gente de los teatros.

Inouyiti canturreó mansamente su canción japonesa camino de la estación, y al terminarla, ya no sentía miedo.

Toda su vida habíase afanado para hacerse célebre en su arte, y casi habían sido coronados por el éxito sus esfuerzos cuando encontró en su camino al Dr. Tsarka.

El pequeño especialista le había adelantado grandes sumas de dinero para ayudarle en su lucha por la fama, pero cada cantidad prestada sólo consiguió hacerle caer más hondo en las deudas.

Sus cuadros no tenían pronta salida, y, además, desde su venida a Londres, el joven artista había adquirido hábitos dispendiosos, pues los de su vida sencilla de antes no bastaban ni servían ya.

Se había aficionado por la cocina francesa, las amistades de teatro y la compañía de jóvenes inglesas.

Ya no era el artista casero, se puede decir, que había salido de Tokio, con sus pinceles y lienzos, para conquistar el alma artística de la Gran Bretaña.

El fuego del genio palpitaba aún en su pulso; los colores y concepciones de su mente pugnaban aún por recibir expresión mediante la gama de su paleta.

Y, sin embargo, entonces se le presentaba el fin de su vida; ¡un patíbulo en un presidio inglés!

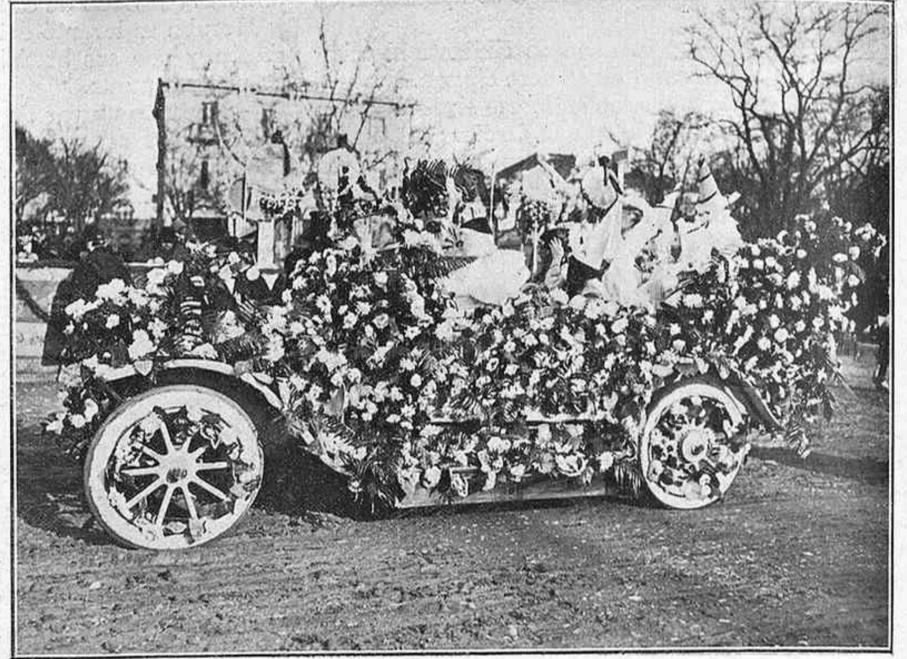
En los breves momentos de serenidad que gozó su mente, su recuerdo voló a la escena del estudio, a los hombres y mujeres que él había cegado y lesionado obedeciendo el mandato de Teroni Tsarka.

(Se continuará.)

EL CARNAVAL EN MADRID. (Fotografías de M. Asenjo.)



A caza de mariposas, coche del Sr. Pons, que obtuvo el primer premio



Automóvil del Sr. Ornstein que obtuvo el segundo premio

A pesar de que el tiempo se mostró muy poco favorable, fuero. en gran número las carrozas y los coches adornados que el domingo de Carnaval acudieron a la Castellana.

Treinta carrozas tomaron parte en el concurso, habiendo llamado especialmente la atención las siguientes: *La boaa del Rajah*, del Círculo de Bellas Artes; *El amor y los celos juntos residen*, de las señoritas de Díaz; *Troupe japonesa*, de los Sres. Jiménez Colón; *Un rincón de Versalles*, del señor Vidal; *Alla mar*, del Sr. Auro; *Cesta de violetas*, del Sr. Verdegay; *Gran Guignol*, del Sr. Muñoz; *Tiene asunto de comedia*, del Sr. Arnés; *Quien ha sido cocinero*, del Sr. Roca de Togores; *En fiesta veneciana*, de los Sres. de Aguilera de Alonso; *Después del baile*, del Sr. González Edo; *Una gansada*, de la señora de González; *Gitanos a la feria*, del Sr. Polanco; *Los verás..., pero no los calarás*, de la señorita de Moya; *S. M. el Dinero y S. M. el Amor*, de los Sres. de Yagüe; *¡Allá penas!*, del Sr. Caballero; *Flowers Stand*, de la señorita de Layate; *Pescado-vas napolitanas*, del Sr. García Andrade; *En busca de americanas*, del Sr. Serrano; *El mundo está lleno de demonios*, del señor Bonilla, y *Carroza de flores*, de los señores de Rodero.

El jurado declaró desiertos los dos primeros premios y otorgó el tercero a la carroza del Círculo de Bellas Artes.

Entre los muchísimos coches adornados son dignos de especial mención: *A caza de mariposas*, del Sr. Pons; el automóvil del Sr. Ornstein; *Olé por los flamencos*, del señor Vega; el automóvil de la señora de Salamanca; *Sonrojos*, de los Sres. de Vilaseca; *Pitter de violetas*, del Sr. Luengo; *Regalo de Pascuas*, del Sr. Gómez de Laserna; *Panier*, de la señorita de Canalejas; *Crisantemos rosa*, de los Sres. de España; automóvil de crisantemos, del Sr. Marquet; *Entre nieve*, del Sr. Sánchez Pérez; *Coches con pierrots*, del Sr. Diespe; *Coche con gitanas*, del Sr. Tamames; *Pierrots rojos*, de la señora viuda de Llaquer;

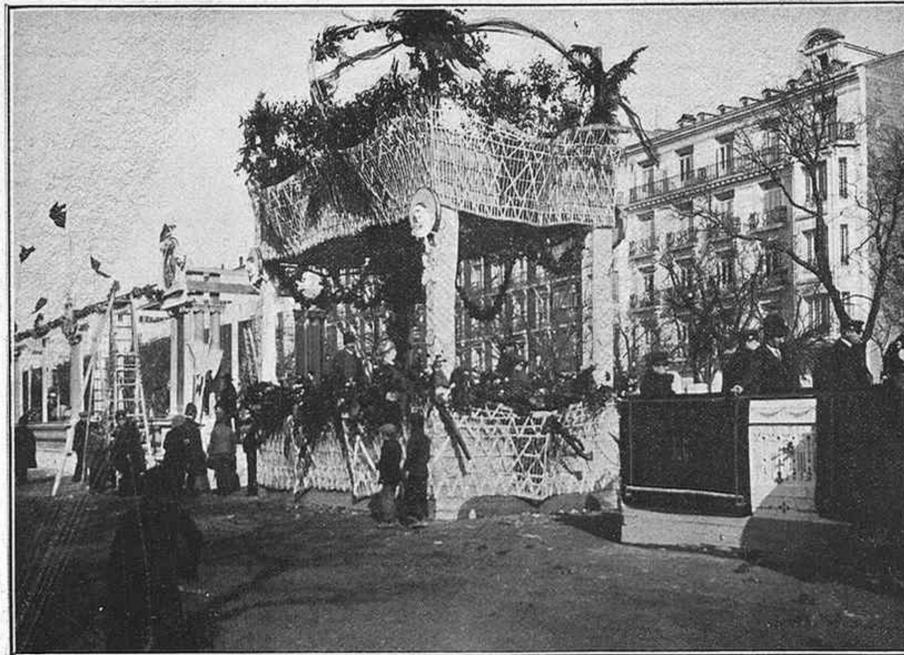
Coche de rosas blancas, de los Sres. de Rubio, y *Flo de un día*, del Sr. Piquer. Los once primeramente mencionados obtuvieron respectivamente los siguientes premios: jarrón de porcelana, regalo de S. A. R. la infanta Doña Isabel; reloj de oro, regalo de S. A. R. el infante don Carlos; figura de bronce representando «La Poesía», regalo del presidente del Consejo de Ministros; copa esmaltada, regalo del ministro de Estado; busto de alabastro, regalo del ministro de Gracia y Justicia; grupo de bronce representando «La Protección», regalo del ministro de la Guerra; cenicero con pie de níquel, regalo del ministro de Marina; grupo de barro, lámpara eléctrica, regalo del ministro de la Gobernación; figura de bronce representando «La Victoria», regalo del capitán general de Madrid; figura de alabastro, regalo del gobernador civil, y figura de porcelana, regalo del alcalde.

El premio destinado a las tribunas de Sociedades fué declarado desierto; el de las tribunas de particulares se adjudicó a la de D. Casto Aragón, que representaba una preciosa cesta de flores y había sido construída por D. Juan Ballesteros.

En cuanto a las máscaras sueltas, comparsas, rondallas y estudiantinas, fueron bastantes en número las que discurrieron por la Castellana, pero ninguna de ellas llamó la atención ni por su originalidad ni por su buen gusto.

La fiesta carnavalesca, que el primer día no estuvo muy animada, a causa del frío y del tiempo desapacible, cobró mayor animación en los dos siguientes, que fueron verdaderamente primaverales.

El desfile de carrozas y de carruajes engalanados, que eran los mismos que habían tomado parte en los concursos, resultó brillante; en las tribunas había más gente que en los días anteriores y entre los concurrentes a ellas y las máscaras que ocupaban los carruajes disparóse gran cantidad de flores, dulces y confetti.



Tribuna de D. Casto Aragón que obtuvo el único premio otorgado a las tribunas particulares



Sonrojos, coche de los Sres. de Vilaseca que obtuvo el quinto premio



Entre nieve, coche del Sr. Sánchez Pérez que obtuvo el undécimo premio

De verano, del Sr. Díaz Ceballos; *Canastillo blanco y amarillo*, del Sr. Castro; *El puñao de casas*, del Sr. Ferrant; *Culvano jasiago*, de los Sres. de Requejo y Villafranca; *Ramo de flores*, de la marquesa de San Eduardo; *Coche de rosas pálidas y crisantemos*, de la señora de Olea;

En resumen, el Carnaval de Madrid no ha ofrecido este año nada extraordinario; ha sido uno de tantos en la serie de los que van marcando el estancamiento, si no la decadencia de las fiestas de Momo en nuestra tierra. - T.

BARCELONA. - UN ACTO IMPORTANTE DE LA JUVENTUD CONSERVADORA. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

De verdadera importancia fué el banquete político celebrado por la Juventud Conservadora de Barcelona con motivo de la inauguración de su sección escolar, y al cual asistieron más de cuatrocientos comensales, figurando entre ellos numerosos obreros.

Ocupó la presidencia el docto catedrático de esta Universidad D. Eusebio Díaz, presidente de la Juventud Conservadora, y a sus lados se sentaron los Sres. Gassó y Vidal, vicepresidente del Centro Conservador; el conde de Santa María de Pomés, por el Comité de la Defensa Social; Soler y Casajuana, director del *Diario de Barcelona*; Pareja, por la *Gaceta de Cataluña*; Lemonnier, presidente de la sección escolar; Garriga y Coll, concejal; Cavanna, de la Juventud Conservadora de Madrid; Milá y Camps, de la comisión organizadora; Campmany, Salas,



Banquete celebrado el 31 de enero último en el Mundial Palace por la Juventud Conservadora, bajo la presidencia de D. Eusebio Díaz, para festejar la inauguración de su sección escolar

Pérez Agudo, Arqués, Parpal, Saez de Barés y Comas y Pla.

A la hora de los brindis, pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos los Sres. Milá y Camps, Lemonnier, Castelltort, Nadal y Camps, Cavanna, conde de Santa María de Pomés, Garriga y Coll, Soler y Casajuana, Gassó y Vidal y Díaz. La síntesis de estos discursos puede hacerse diciendo que todos ellos proclamaron la adhesión entusiasta e incondicional a la monarquía de D. Alfonso XIII, a los principios que constituyen el credo del partido conservador y al ilustre jefe de éste D. Antonio Maura. Algunos oradores dieron notas muy enérgicas contestando al veto que los partidos republicanos han opuesto a la subida de los Sres. Maura y La Cierva al poder. Todos fueron acogidos con aplausos y vivas a España, a los Reyes y al Sr. Maura.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

MANUAL DE RIMAS SELECTAS (DICCIONARIO DE LA RIMA), por J. Pérez Heróles. - Es este un libro de verdadera utilidad para cuantos se interesan por la Poesía, no sólo por las materias que contiene, sino también por el modo como el autor ha sabido tratarlas. La obra se divide en los siguientes capítulos: *Versificación, Diversas especies de versos, Licencias poéticas, Uso de las rimas perfecta e imperfecta, Composiciones varias y Modelos varios del parnaso hispano-americano*, y en todos ellos se observan sólidos conocimientos en la parte doctrinal y un criterio acertadísimo en la selección de las composiciones que sirven de ejemplos. Contiene, además, un completo diccionario de rimas en el que están debidamente clasificadas las voces agudas, llanas y esdrújulas. Un tomo de 278 páginas, encuadernado, que forma parte de los Manuales Soler que con tanto éxito publica en Barcelona José Gallach, Sucesor de Manuel Soler. Precio, dos pesetas.

UN NOVELISTA ESPAÑOL. PÍO BAROJA, por R. Monner Sans. - Interesante estudio de la personalidad del ilustre novelista en el que con elevado criterio se analizan las principales obras del mismo y muy especialmente *El árbol de la ciencia*. El trabajo de nuestro querido amigo y colaborador Sr. Monner, concienzudo en el fondo, ameno en la forma y castizamente escrito, se insertó recientemente en la «Revista de Derecho, Historia y Letras» de Buenos Aires y ha sido luego publicado en un folleto de 16 páginas, impreso en la imprenta Jacobo Peuser, de la capital argentina.

LES MALES LENGÜES, comedia en cinco actos de Sheridan. Traducción catalana de F. Ferrer y J. Fabré Oliver. - Formando parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenc», se ha publicado esta bellísima comedia del gran dramaturgo irlandés, concienzudamente traducida al catalán por los Sres. Ferrer y Fabré y Oliver, quienes han respetado en la forma y en el fondo la obra original, si bien sintetizando algunas escenas que en aquélla resultan hoy en día demasiado largas. Un tomo de 124 páginas ilustrado con facsímiles del retrato de Sheridan y figurines de la época; precio, 50 céntimos.

VIOLETAS, poesías de Cecilio Benítez. - Las composiciones contenidas en este libro responden perfectamente al título por su sencillez, por su frescura, por su perfume. Son expresión de sentimientos buenos, de ideas nobles, de sensaciones delicadas, expuestas en versos armoniosos, esmaltados de bellísimos pensamientos; son expansiones de un alma joven, desbordante de poesía. Un tomo de 100 páginas con un prólogo de José Sánchez Rojas, impreso en Villafranca del Panadés en la tipografía de Federico Cuscó. Precio, 1'25 pesetas.

NOVELES Y POEMES, por Geroni Zanné. - Colección de novelitas interesantes todas ellas por sus argumentos y en las que el autor acredita una vez más sus dotes de observador profundo y de escritor correctísimo. Sus cuadros son arrancados de la vida y en ellos junto al narrador experto se descubre al poeta y también al filósofo. Un tomo de 96 páginas que forma parte de la «Biblioteca Popular de «L'Avenc» que con tanto éxito se publica en esta ciudad. Precio, 50 céntimos.

NOTA INFORMATIVA ACERCA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LIMA, por Manuel G. Prada. - Un folleto de 22 páginas en el que el nuevo bibliotecario señor Prada formula atinadas observaciones sobre el modo de funcionar de aquella importante biblioteca, sobre los defectos de que ha adolecido su administración y sobre la manera de remediarlos. Impreso en Lima en la imprenta de «La Acción Popular».

¡ Madres ! Aplicad el PETRÓLEO GAL à vuestros niños y los vereis libres de caspa y demás molestias del cuero cabelludo

A. Ehrmann

UN NUEVO ESTADO EN ASIA: LA MOGOLIA EXTERIOR. (Fotografía Bulla, comunicada por Carlos Trampus.)



Una misión mogólica en San Petersburgo

De izquierda a derecha, en primera fila, sentados: Teress Darchy, primer secretario de la misión mogólica; el consejero de Estado ruso Schyschmarieff; el ministro de Negocios Extranjeros de Mogolia príncipe Schande Derschy; el príncipe Scheruyin Damdin, consejero de la embajada mogólica; Raby Derschy, segundo secretario de la embajada
En segunda fila, de pie: en el centro, el tercer secretario de la misión y a sus lados los intérpretes de ésta

Esta embajada ha ido recientemente a San Petersburgo para dar las gracias al tsar Nicolás por el apoyo diplomático prestado por Rusia en favor de la independencia de la Mogolia exterior, la cual ha disfrutado siempre de una independencia de hecho y se ha gobernado por sí misma bajo la soberanía de China.

Desde la proclamación de la República china, la Mogolia exterior ha manifestado deseos de poseer una independencia más completa y realizado algunos actos marcadamente separatistas ayudada por el gobierno de San Petersburgo, que le ha prestado su apoyo diplomático. Al mismo tiempo, ha firmado un convenio con Rusia, que ésta ha hecho ratificar por el gobierno de Pekín, el cual, de este modo, ha reconocido implícitamente la independencia de la Mogolia exterior, bajo el mando de su jefe religioso, el Kutukhta de Urga, quien pasa a ser, por consiguiente, su soberano temporal.

El gobierno chino, al ver el mal efecto que su conducta en esta cuestión ha producido en la opinión pública, ha querido volver sobre su resolución considerando nulo el tratado firmado por el Kutukhta con Rusia y que bajo pretexto de determinar los derechos de los súbditos y del comercio ruso en Mogolia, pone, en cierto modo, la Mogolia exterior bajo el protectorado apenas

disimulado de Rusia. Y aun se ha preconizado en China la apelación a las armas contra Rusia en lo tocante a la Mogolia exterior, lo que parecía a los chinos tanto más fácil cuanto que Rusia, como algunas otras potencias occidentales, se encuentra en la actualidad enteramente absorbida por la cuestión de Oriente y por el conflicto de los intereses europeos en los Balkanes.

Sin embargo, esta cuestión, que en tiempo normal habría excitado el mayor interés, ha pasado casi inadvertida en medio de la profusión de informaciones relativas a la guerra turco-balánica y a las interminables negociaciones de paz entabladas y luego suspendidas en Londres.

La misión mogola que la adjunta fotografía reproduce ha ido a San Petersburgo no sólo para dar las gracias al tsar y llevarle ricos presentes de parte del Kutukhta, sino también para solicitar de él una protección y una ayuda más eficaces, así militar como financiera y diplomática.

El ejército mogol, en formación, tiene ya instructores rusos, pero la misión, que ha visitado también a los grandes dignatarios del Estado ruso, ha solicitado del ministro de la Guerra, general Sukhomlinoff, mayor número de aquéllos y material de guerra, lo que obtendrá seguramente.

Instituto politécnico
FRANKENHAUSEN (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.
Electro-técnica, Arquitectura.

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ 3/N AUSTRIA

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS
RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVOKE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN